CAPÍTULO XVIII.

De lo que sucedió á Don Quixote en el castillo ó casa del Caballero del Verde Gaban, con otras cosas extravagantes.

Halló Don Quixote ser la casa de Don Diego de Miranda ancha como de aldea; las armas empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle, la bodega en el patio, la cueva en el portal y muchas tinajas á la redonda, que por ser del Toboso le renováron las memorias de su encantada y transformada Dulcinea, y sospirando y sin mirar lo que decia, ni delante de quien estaba, dixo:

¡O dulces prendas por mi mal halladas!
Dulces y alegres quando Dios queria (1).

(1) Estos dos versos son de Garcilaso de la Vega, con

¡Ó tobosescas tinajas, que me habeis traido á la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura! Oyóle decir esto el estudiante poeta hijo de Don Diego, que con su madre habia salido á recebirle, y madre y hijo quedáron suspensos de ver la extraña figura de Don Quixote, el qual, apeándose de Rocinante, fué con mucha cortesía á pedirle las manos para besárselas, y Don Diego dixo: recebid, señora, con vuestro sólito agrado el señor Don Quixote de la Mancha, que es el que teneis delante, andante caballero y el mas valiente y el mas discreto que tiene el mundo. La señora, que Doña Christina se llamaba, le recibió con muestras de mucho amor y de mucha cortesía, y Don Quixote se le ofreció con asaz de discretas y comedidas razones. Casi los mesmos comedimientos pasó con el estudiante, que

que empieza el soneto X, y en ellos imitó á Virgilio (*lib. IV, v.* 651.):

Dulces exuviæ, dum fata deusque sinebant.

Gregorio Hernandez de Valasco traduxo este verso así:

O Dulces prendas quando Dios queria,
Y me era amigo mi infelice hado!

en oyéndole hablar Don Quixote, le tuvo por discreto y agudo. Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de Don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero el traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venian bien con el propósito principal de la historia, la qual mas tiene su fuerza en la verdad que en las frias digresiones. Entráron á Don Quixote en una sala, desarmóle Sancho, quedó en valones y en jubon de camuza, todo visunto con la mugre de las armas: el cuello era valona á lo estudiantil sin almidon y sin randas, los borceguíes eran datilados, y encerados los zapatos. Ciñóse su buena espada, que pendia de un tahalí de lobos marinos: que es opinion, que muchos años fué enfermo de los riñones (1): cubrióse un herreruelo de buen paño pardo; pero ántes de

(1) El tahalí (dice Covarrubias en su *Tesoro*) es un cinto ancho, que cuelga desde el hombro derecho hasta lo baxo del brazo izquierdo, del qual hoy dia los turcos cuelgan sus alfanges; y muchos de los nuestros, enfermos de los riñones, por hacerles daño la pretina, cuelgan las espadas de los tahalies.

todo, con cinco calderos, ó seis de agua (que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia) se lavó la cabeza y rostro, y todavía se quedó el agua de color de suero: merced á la golosina de Sancho, y á la compra de sus negros requesones que tan blanco pusiéron á su amo. Con los referidos atavíos y con gentil donayre y gallardía salió Don Quixote á otra sala donde el estudiante le estaba esperando para entretenerle en tanto que las mesas se ponian: que por la venida de tan noble huésped queria la señora Doña Christina mostrar que sabia y podia regalar á los que á su casa llegasen. En tanto que Don Quixote se estuvo desarmando, tuvo lugar Don Lorenzo (que así se llamaba el hijo de Don Diego) de decir á su padre: ¿quien dirémos, señor, que es este caballero que vuesa merced nos ha traido á casa? que el nombre, la figura y el decir que es caballero andante, á mí y á mi madre nos tiene suspensos. No sé lo que te diga, hijo, respondió Don Diego, solo te sabré decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas que borran y deshacen sus hechos: háblale tú

y toma el pulso á lo que sabe, y pues eres discreto, juzga de su discrecion ó tontería lo que mas puesto en razon estuviere, aunque para decir verdad, ántes le tengo por loco que por cuerdo. Con esto se fué Don Lorenzo á entretener á Don Quixote, como queda dicho, y entre otras pláticas que los dos pasáron, dixo Don Quixote á Don Lorenzo: el señor Don Diego de Miranda padre de vuesa merced me ha dado noticia de la rara habilidad y sutil ingenio que vuesa merced tiene, y sobre todo, que es vuesa merced un gran poeta. Poeta bien podrá ser, respondió Don Lorenzo, pero grande ni por pensamiento: verdad es que soy algun tanto aficionado á la poesía y á leer los buenos poetas; pero no de manera que se me pueda dar el nombre de grande, que mi padre dice. No me parece mal esa humildad, respondió Don Quixote, porque no hay poeta que no sea arrogante y piense de sí que es el mayor poeta del mundo. No hay regla sin excepcion, respondió Don Lorenzo, y alguno habrá que lo sea y no lo piense. Pocos, respondió Don Quixote: pero dígame vuesa merced ¿que versos son los que agora trae entre

manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo? Y si es alguna glosa, á mí se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaria saberlos, y si es que son de justa literaria, procure vuesa merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor ó la gran calidad de la persona, el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene á ser segundo, y el primero á esta cuenta será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las Universidades; pero con todo esto, gran personage es el nombre de primero. Hasta ahora, dixo entre sí Don Lorenzo, no os podré yo juzgar por loco, vamos adelante, y díxole: paréceme que vuesa merced ha cursado las escuelas: ¿qué ciencias ha oido? La de la caballería andante, respondió Don Quixote, que es tan buena como la de la poesía y aun dos deditos mas. No sé que ciencia sea esa, replicó Don Lorenzo, y hasta ahora no ha llegado á mi noticia. Es una ciencia, replicó Don Quixote, que encierra en sí todas ó las mas ciencias del mundo, á causa que el que la profesa ha de ser jurisperito y saber las leyes de la justicia distributiva y con-

mutativa, para dar á cada uno lo que es suyo y lo que le conviene: ha de ser teólogo, para saber dar razon de la christiana ley que profesa clara y distintamente adonde quiera que le fuere pedido: ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas, que no ha de andar el caballero andante á cada triquete buscando quien se las cure: ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas quantas horas son pasadas de la noche, y en que parte y en que clima del mundo se halla: ha de saber las matemáticas, porque á cada paso se le ofrecerá tener necesidad dellas; y dexando á parte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, decendiendo á otras menudencias, digo que ha de saber nadar, como dicen que nadaba el pexe Nicolas ó Nicolao (1): ha de saber herrar un

(1) Era llamado comunmente Pesce-Cola, ó el Pez-Nicolas: era siciliano, natural de Catania, donde vivia á fines del siglo XV. Dícese que se acostumbró tanto á vivir en el agua desde pequeño, que habitaba mas en ella que en tierra, y que á guisa de bestia marina cortaba las olas del mar en medio de las tormentas. Sucedia que, yendo las

caballo, y aderezar la silla y el freno: y volviendo á lo de arriba, ha de guardar

naves á velas tendidas en mar alta, solian los marineros encontrarse con Pesce-Cola, que los llamaba por sus nombres; recibíanle en los navios, preguntábanle de dónde venia, adónde iba, y quanto mar habia navegado: y satisfaciendo á todo, despues de comer con ellos, y de recibir varios encargos y recados para sus parientes y conocidos, se volvia á arrojar al agua, y aportaba á las costas de Napoles y Sicilia, freqüentando especialmente su patria Catania. Así vivio hasta que Federico, Rey de Napoles y de Sicilia, en presencia de inmenso gentío arrojó en el Faro de Mecina una taza de oro para probar la destreza de los nadadores; y el Pexe-Nicolas, fiado en ella, y estimulado de la codicia, baxó por la taza, y se quedó sepultado entre las cavernas y peñascos de aquellos famosos escollos; ó devorado, por decirlo así, de alguno de los perros marinos, Scyla ó Caribdis, que fingieron los poetas vivian allí causando naufragios con sus horribles ladridos. Así refiere estas noticias Alexander ab Alexandro, en sus *Dias Geniales* (lib. II, cap. 21.) en fe de Joviano Pontano, que se las contó. El P. Feyjoo trae la historia de otro nadador, parecido á Pesce-Cola, natural de Lierganes, lugar de la Montaña. (*Teatro Critico*: tom. VI, disc. 8, y en las *Cartas*.)

Si constase con certidumbre que algun pez se hubiese tragado à Pexe-Nicolao, se le pudiera comparar con otro famoso nadador y naútico perito español, que tuvo este paradero fatal. Este fue Don Iñigo de Mendoza, que navegando en una galera mal estibada, ó por decirlo mas claro, con poco lastre, al pasar por la boca de un rio, salio de él y de la tierra una gran *grupada* de viento, que volvio á la galera lo de arriba abaxo. Empiezan entonces los gemidos de los que no sabian nadar, y de los que sabian; y unos y otros se ahogaron, incluso el mismo comandante, que aunque diestro nadador

la fe á Dios y á su dama: ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente mantenedor de la verdad aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes y mínimas partes se compone un buen caballero andante, porque vea vuesa merced,

---

no parecio tampoco, *ni se supo dél mas* (dice Don Luis Zapata, que refiere esta anecdota en su *Miscelanea*: Biblioteca Real: est. H. cod. 124, fol. 35.) *que dende á pocos dias se tomó en Corcega un pescado, que se halló en el cuerpo un hombre en calzas y en jubon, y diez escudos en una escarcela que decian que Don Iñigo, estando en calzas, y en jubon en la galera, llevaba; y asi fue del honrado caballero la patria el mar, la galera casa, y un pece la sepultura. Del ahogarse se hizo gran sentimiento dél por todo el mundo: mas de no enterrarse ninguno;* que *Virgilio dixo:* facilis iactura sepulcri.

El caballero Jarvis omite en su traducion inglesa las palabras del testo; *como dicen* que nadaba: infidelidad ofensiva á la crítica de Cervantes, pues con aquella restriccion quiso significar que la historieta del Pexe-Nicolao (que el mencionado P. Feyjoo refiere sin testimonio de autor alguno, creyéndola enteramente) no es tan segura que no duden algunos de ella, á lo menos de muchas de sus circunstancias, como lo hace Pedro Mexia en su *Silva de Varia Leccion*: y si aquí claudica en la fidelidad el traductor ingles, en la nota, con que explica este pasage, devanéa, pues dice que en él *se alude á cierta historieta fabulosa de que se trata en el Teatro de los Dioses.*

señor Don Lorenzo, si es ciencia mocosa la que aprende el caballero que la estudia y la profesa, y si se puede igualar á las mas estiradas que en los ginasios y escuelas se enseñan. Si eso es así, replicó Don Lorenzo, yo digo que se aventaja esa ciencia á todas. ¿Como si es así? respondió Don Quixote. Lo que yo quiero decir, dixo Don Lorenzo, es que dudo que haya habido, ni que los haya ahora caballeros andantes y adornados de virtudes tantas. Muchas veces he dicho lo que vuelvo á decir ahora, respondió Don Quixote, que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes, y por parecerme á mí, que si el cielo milagrosamente no les da á entender la verdad de que los hubo y de que los hay, qualquier trabajo que se tome ha de ser en vano, como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia. No quiero detenerme agora en sacar á vuesa merced del error que con los muchos tiene; lo que pienso hacer es (*f*) el rogar cielo le saque dél, y le dé á entender quan provechosos y quan necesarios fuéron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y quan útiles fuéran

en el presente si se usaran; pero triunfan ahora por pecados de las gentes la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo. Escapado se nos ha nuestro huésped, dixo á esta sazon entre sí Don Lorenzo; pero con todo eso él es loco bizarro, y yo seria mentecato floxo, si así no lo creyese. Aquí diéron fin á su plática porque los llamáron á comer. Preguntó Don Diego á su hijo que habia sacado en limpio del ingenio del huésped. Á lo que él respondió: no le sacarán del borrador de su locura quantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo: él es un entreverado loco lleno de lúcidos intervalos. Fuéronse á comer, y la comida fué tal como Don Diego habia dicho en el camino que la solia dar á sus convidados, limpia, abundante y sabrosa; pero de lo que mas se contentó Don Quixote, fué del maravilloso silencio que en toda la casa habia, que semejaba un monasterio de Cartuxos. Levantados pues los manteles y dadas gracias á Dios y agua á las manos, Don Quixote pidió ahincadamente á Don Lorenzo dixese los versos de la justa literaria. Á lo que él respondió: por no parecer de aquellos poetas que quando les ruegan digan sus versos,

versos, los niegan, y quando no se les piden los vomitan, yo diré mi glosa, de la qual no espero premio alguno, que solo por exercitar el ingenio la he hecho. Un amigo y discreto, respondió Don Quixote, era de parecer que no se habia de cansar nadie en glosar versos, y la razon, decia él, era que jamas la glosa podia llegar al texto, y que muchas ó las mas veces iba la glosa fuera de la intencion y propósito de lo que pedia lo que se glosaba, y mas que las leyes de la glosa eran demasiadamente estrechas, que no sufrian interrogantes, ni *dixo*, ni *diré*, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras y estrechezas con que van atados los que glosan, como vuesa merced debe de saber. Verdaderamente, señor Don Quixote, dixo Don Lorenzo, que deseo coger á vuesa merced en un mal latin continuado, y no puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila. No entiendo, respondió Don Quixote, lo que vuesa merced dice, ni quiere decir en eso del deslizarme. Yo me daré á entender, respondió Don Lorenzo, y por ahora esté vuesa merced atento á los versos glosados y á la glosa, que dicen desta manera:

Si mi fué tornase á es,
sin esperar mas será,
ó viniese el tiempo ya
de lo que será despues.

GLOSA.

Al fin como todo pasa,
se pasó el bien que me dió
fortuna, un tiempo no escasa,
y nunca me le volvió,
ni abundante, ni por tasa.
Siglos ha ya que me ves,
fortuna, puesto á tus pies,
vuélveme á ser venturoso,
que será mi ser dichoso,
si mi fué tornase á es.

No quiero otro gusto ó gloria,
otra palma ó vencimiento,
otro triunfo, otra vitoria,
sino volver al contento,
que es pesar en mi memoria.
Si tú me vuelves allá,
fortuna, templado está
todo el rigor de mi fuego,
y mas si este bien es luego,
sin esperar mas será.

Cosas imposibles pido,
pues volver el tiempo á ser,
despues que una vez ha sido,
no hay en la tierra poder,
que á tanto se haya extendido.
Corre el tiempo, vuela y va
ligero, y no volverá,
y erraria el que pidiese

ó que el tiempo ya se fuese,
ó viniese el tiempo ya.

Vivir en perplexa vida,
ya esperando, ya temiendo,
es muerte muy conocida,
y es mucho mejor muriendo
buscar al dolor salida.
A mí me fuera interes
acabar; mas no lo es,
pues con discurso mejor
me da la vida el temor
de lo que será despues.

En acabando de decir su glosa Don Lorenzo, se levantó en pie Don Quixote y en voz levantada, que parecia grito, asiendo con su mano la derecha de Don Lorenzo dixo: viven los cielos, donde mas altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe, y que mereceis estar laureado, no por Chipre, ni por Gaeta, como dixo un poeta, que Dios perdone, sino por las Academias de Aténas si hoy vivieran, y por las que hoy viven de Paris, Bolonia y Salamanca. Plega al cielo que los jueces que os quitaren el premio primero, Febo los asaetée y las Musas jamas atraviesen los umbrales de sus casas. Decidme, señor, si sois servido, algunos versos mayores, que quiero tomar de todo en todo el pulso á vuestro admirable ingenio.

¿No es bueno que dicen que se holgó Don Lorenzo de verse alabar de Don Quixote, aunque le tenia por loco? ¡Ó fuerza de la adulacion, á quanto te extiendes y quan dilatados límites son los de tu juridicion agradable! Esta verdad acreditó Don Lorenzo, pues condescendió con la demanda y deseo de Don Quixote, diciéndole este soneto á la fábula ó historia de Píramo y Tisbe:

SONETO.

El muro rompe la doncella hermosa,
Que de Píramo abrió el gallardo pecho,
Parte el amor de Chipre, y va derecho
A ver la quiebra estrecha y prodigiosa.

Habla el silencio allí, porque no osa
La voz entrar por tan estrecho estrecho;
Las almas sí, que amor suele de hecho
Facilitar la mas difícil cosa.

Salió el deseo de compas, y el paso
De la imprudente vírgen solicita
Por su gusto su muerte: ved que historia,

Que á entrámbos en un punto ¡ó extraño caso!
Los mata, los encubre y resucita
Una espada, un sepulcro, una memoria.

Bendito sea Dios, dixo Don Quixote, habiendo oido el soneto á Don Lorenzo, que entre los infinitos poetas consumidos que

hay, he visto un consumado poeta, como lo es vuesa merced, señor mio, que así me lo da á entender el artificio deste soneto. Quatro dias estuvo Don Quixote regaladísimo en la casa de Don Diego, al cabo de los quales le pidió licencia para irse, diciéndole que le agradecia la merced y buen tratamiento que en su casa habia recibido; pero que por no parecer bien que los caballeros andantes se dén muchas horas al ocio y al regalo, se queria ir á cumplir con su oficio, buscando las aventuras, de quien tenia noticia que aquella tierra abundaba, donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegase el dia de las justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota, y que primero habia de entrar en la cueva de Montesínos, de quien tantas y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban, sabiendo é inquiriendo asimesmo el nacimiento y verdaderos manantiales de las siete lagunas llamadas comunmente de Ruidera. Don Diego y su hijo le alabáron su honrosa determinacion, y le dixéron, que tomase de su casa y de su hacienda todo lo que en grado le viniese, que le servirian con la voluntad posible, que á ello les obligaba el valor

de su persona y la honrosa profesion suya. Llegóse en fin el dia de su partida, tan alegre para Don Quixote como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de Don Diego, y rehusaba de volver á la hambre que se usa en las florestas y despoblados, y á la estrecheza de sus mal proveidas alforjas: con todo esto las llenó y colmó de lo mas necesario que le pareció, y al despedirse dixo Don Quixote á Don Lorenzo: no sé si he dicho á vuesa merced otra vez, y si lo he dicho, lo vuelvo á decir, que quando vuesa merced quisiere ahorrar caminos y trabajos para llegar á la inacesible cumbre del templo de la fama, no tiene que hacer otra cosa, sino dexar á una parte la senda de la poesía algo estrecha, y tomar la estrechísima de la andante caballería, bastante para hacerle Emperador en daca las pajas. Con estas razones acabó Don Quixote de cerrar el proceso de su locura, y mas con las que añadió diciendo: sabe Dios, si quisiera llevar conmigo al señor Don Lorenzo, para enseñarle como se han de perdonar los sugetos, y supeditar y acocear los soberbios, virtudes anexas á la

profesion que yo profeso; pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querrán consentir sus loables exercicios, solo me contento con advertirle á vuesa merced, que siendo poeta podrá ser famoso, si se guia mas por el parecer ageno que por el propio: porque no hay padre ni madre á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre mas este engaño. De nuevo se admiráron padre y hijo de las entremetidas razones de Don Quixote, ya discretas y ya disparatadas, y del tema y teson que llevaba de acudir de todo en todo á la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenia por fin y blanco de sus deseos. Reiteráronse los ofrecimientos y comedimientos, y con la buena licencia de la señora del castillo, Don Quixote y Sancho sobre Rocinante y el rucio se partiéron.